

DEL TIEMPO Y LA MEMORIA

CUENTOS HISTÓRICOS

JUAN ANTONIO GÓMEZ P.



Editorial Portobelo

Librería El Campus

Pequeño Formato

189

Literatura - Historia

Pequeño Formato

No. 189 - Literatura - Historia

1a. Edición: Edición del autor - enero del 2001

2a. Edición: Editorial Portobelo - abril del 2001

©Juan Antonio Gómez P.

©Editorial Portobelo

Librería El Campus

Calle José de Fábrega No. 19

Apartado 2208 - Panamá 9A

Teléfono 223-6598 223-0049

Fax 263-7873 - email: campus@sinfo.net

Consejo Editorial:

Celestino A. Araúz

Miguel Antonio Bernal

Margarita de Pérez

Reymundo Gurdíán

Rubén Darío Rodríguez

Berta Alicia Corro

Asesor Editorial:

Pedro Pineda

Diagramación y Diseño:

Editorial Portobelo

Impresión:

Librería El Campus

P

863

G586 Gómez, Juan A.

Del tiempo y la memoria / Juan A., Gómez. -

2ª. ed. - Panamá : Editorial Portobelo, 2001.

143p. ; 21cm.

ISBN 9962-52-216-1

1. LITERATURA PANAMEÑA - CUENTOS

2. CUENTOS PANAMEÑOS I. Título.

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares de los derechos de autor, bajo las sanciones contempladas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, el procesamiento informático y la distribución de ejemplares de esta obra mediante alquiler o préstamo.

9-VII-99

DEL TIEMPO
Y LA
MEMORIA

CUENTOS HISTÓRICOS

Juan Antonio Gómez P.



Editorial Portobelo
Librería El Campus

Pequeño Formato

189

Literatura - Historia

**Ilustraciones:
Ologuagdi**

**Levantado de texto:
Kalu Sue Impresiones**

ÍNDICE

Introducción	1
La India dormida	3
Malditos sean los caras pálidas	13
Roja como la sangre	35
Una palabra pública	61
Alquiler o comida	95
Aquellos muchachos	119
Guía para el comentario de un cuento ...	133



**REPÚBLICA DE PANAMÁ
MINISTERIO DE EDUCACIÓN**

Panamá, 3 de octubre de 2000
DNCTE/131/861

Profesor
Juan A. Gómez
E. S. M.

Estimado Profesor:

En respuesta a solicitud presentada por usted para que se sometiera a evaluación la obra **DEL TIEMPO Y LA MEMORIA (CUENTOS HISTÓRICOS)**, de su autoría, tenemos a bien informarle que el Jurado Evaluador después de un análisis técnico, académico y pedagógico, consideró lo siguiente:

- * Tiene un título sugerente que guarda relación con los contenidos.

- * Los contenidos se ajustan a los objetivos de la Educación Nacional.

- * La presentación de los contenidos propicia la participación de los educandos en el proceso de aprendizaje.

- * Los diferentes cuentos promueven y llevan al (la) estudiante a fortalecer el amor a la patria y a los valores nacionalistas.

- * Las expresiones, la redacción y la riqueza de los cuentos, incitan al lector a concluir su lectura.

- * Los contenidos estimulan a la reflexión y a la participación activa en la discusión de los valores, ideales

y otras situaciones históricas y de la vida actual.

- * Los contenidos parten de los intereses y necesidades de significación vital para los (las) educandos (as) y la colectividad panameña.

- * Los cuentos contienen elementos fantásticos.

- * La obra contribuye al enriquecimiento de la vida interior de los (as) educandos (as).

- * En la Introducción y en la Guía para el comentario de los cuentos, el autor orienta hacia los propósitos de su obra y brinda guía técnica literaria para analizar y comprender el estilo literario usado y el tipo de narrativa.

- * El autor describe hechos históricos, dando información detalladas de sucesos, utilizando a los personajes reales que vivieron el momento.

- * El vocabulario es rico, escogido y de fácil comprensión.

- * Cada cuento finaliza con una ilustración que intenta sintetizar el contenido.

- * Son variados en su forma y en su fondo.

De acuerdo a lo expresado por el Jurado Evaluador, el Ministerio de Educación, a través de la Dirección Nacional de Currículo y Tecnología Educativa, ha decidido aprobar la obra DEL TIEMPO Y LA MEMORIA (CUENTOS HISTÓRICOS), como obra complementaria para su uso en las clases de Español en el octavo y noveno grado de la Educación Básica General (Pre-media)

Atentamente,

OSCAR BARAHONA

Director Nacional de Currículo y
Tecnología Educativa.

DNCTE/LfdeB/sed

INTRODUCCIÓN

Los seis (6) cuentos que componen este libro recrean literariamente personajes y momentos históricos relevantes de nuestro país.

El libro se inicia con una leyenda, un mito -el de La india dormida- y esto no es casual, sino que obedece a un propósito claramente definido, pues creemos -con Luis Martín Santos- que la función del novelista es la de ser destructor y constructor de mitos.

Muchos personajes y hechos de nuestra historia, hasta época reciente, habían sido presentados en forma peyorativa, o simplemente habían sido ignorados o tergiversados. Pero ensayistas como Diógenes de la Rosa, Alexander Cuevas, Rómulo Bethancourt Arosemena, Roberto Méndez, entre otros, tras serias y enjundiosas investigaciones iniciaron esta labor de rectificación, haciéndoles justicia a estos personajes -verdaderos mártires de nuestra nacionalidad- que habían sido olvidados o denigrados.

En el plano literario contribuyó enormemente a esta tarea, el novelista Ramón H. Jurado; sin duda alguna el creador del mito de Victoriano Lorenzo. Tarea a la que han contribuido muchos otros escritores panameños, en diferentes géneros literarios (poesía, cuento, novela, y teatro).

El segundo, el tercero y el cuarto cuento de este libro presentan momentos estelares de la vida pública de tres personajes, que son símbolos y arquetipos de nuestra nacionalidad: Urracá, en su gloriosa lucha contra los invasores españoles; Pedro Prestán y Victoriano Lorenzo, como mártires de las intervenciones norteamericanas, con

la ignominiosa complicidad de las autoridades locales del momento.

Los dos últimos cuentos recrean dos movimientos populares de gran trascendencia histórica: La huelga inquilinaria de 1925, y el 9 de enero de 1964.

Además de servir como libro de lectura, en la asignatura de Español, la presente obra, por su contenido, puede correlacionarse con la asignatura Historia de Panamá, cuyos profesores podrán utilizarlos como material de lectura, al momentos de estudiar los personajes y hechos históricos reseñados.

La Guía para el Comentarios de los Cuentos, que hemos incluido al final del libro, contiene once aspectos, que van desde los contenidos hasta recursos técnicos de la narración, y que al desarrollarla -con la debida orientación del profesor- le permitirá a los estudiantes realizar un comentario literario de cada cuento.

En fin, en este libro he pretendido rescatar, “del tiempo y de la memoria”, algunos personajes y hechos de nuestra historia que, por su trascendencia y el simbolismo del que se han revestido, han llegado a ser los nuevos mitos de nuestra historia, por lo cual son referencia obligada para la búsqueda y rescate de nuestra identidad como panameños y latinoamericanos.

Juan Antonio Gómez

En el Valle de Antón hay una altísima montaña que tiene figura de mujer. En la época de la colonia ya esa mole estaba allí, pero entonces tenía una forma distinta.

La hija del gran cacique Urracá -Señor de los Llanos de Veraguas y Coclé, y de la Serranía del Tabasará- es la princesa Flor del Aire, quien todas las mañanas baja con otras doncellas hasta el valle, para lavar y perfumar sus cabellos en un hermoso chorro llamado «el salto del caballo», en honor de aquellos gigantescos y veloces animales que, antes de que su padre capturara y matara uno, tantos temores y sobresaltos habían provocado entre los suyos.

Unos españoles alucinados, tras varios días de marchas forzadas, extraviaron su camino entre las sierras, y fueron a dar con sus molidos huesos a este verde y apacible valle, el cual, semejante a una gran hamaca, sirve al cacique como sitio de reposo.

Al aproximarse a la mágica fuente oyen frescas y claras risas, y un negro pensamiento, como densa y espesa nube los envuelve a todos.

El primero en salir de la oscuridad es el capitán Rogel de Loira, quien desenvainando su espada, se planta frente a sus sorprendidos compañeros y los increpa de esta manera:

- Quien ose dar un paso con manifiesta intención de ultrajar a una de estas doncellas, tendrá que medir sus fuerzas conmigo.

- Pero qué os pasa, capitán? -responde Francisco

de Compagnón- creo que ninguno de nosotros ha pensado causar daño a estas bellas mujeres; claro que si alguna de ellas, o todas, acceden a refocilarse con nosotros, no nos haremos de rogar, siempre y cuando nos alimenten primero, porque antes de follar, requerimos yantar.

A todos estos discursos, dados con grandes voces y muchos aspavientos, las doncellas ya han advertido la presencia de los barbudos extranjeros, y llenas de pavor y pudor, tratan de cubrir sus desnudeces sumergiéndose en las aguas y revoloteando alrededor de su ama.

Ésta, semejante a una amazona, permanece en medio de la fuente, sin evidenciar ningún temor, en espera de que aquellos hombres de largas cabelleras, pelos en la cara, y cubiertos con aquella caparazón brillante, se acercaran. Porque cómo iba ella a demostrar debilidad ante estos extranjeros, siendo la hija de un gran cacique, querido y respetado por todo su pueblo, quien había logrado unir muchísimas tribus en una gran confederación, razón por la cual sus territorios permanecían intactos e inviolados, además dentro de pocos días, en una inolvidable ceremonia, sería consagrada esposa del dios Sol, otorgándosele entonces el privilegio de mirar de frente al dios y conseguir de él cuanto quisiese.

Por eso la princesa en medio de la fuente, rodeada por sus atemorizadas doncellas, permanece impetérmita, hierática, cuando el capitán Rogel de Loira, quien ha guardado su espada y dejado atrás a sus compañeros, se le acerca, y recordando a los personajes de las novelas de caballerías, a las que es muy afecto, les dice:

“No teman desaguizado alguno ni fuyades vuestras fermosuras, que ni mis hombres ni yo tenemos propósito de causarles ningún daño. Antes por el contrario, os diré que la visión de vuestra beldad, -y dirigiéndose a Flor del Aire- Vos de seguro debeis ser la reina de tan gentiles náyades, nos ha dejado tan conmovidos que hasta hemos olvidado las penurias y fatigas que tan ardua travesía nos ha causado.

Flor del Aire y sus doncellas se miran asombradas. Aquel extraño gesticula y habla con palabras que ellas no comprenden. Y su actitud no es belicosa; al contrario, parece amistoso, o trata de parecerlo; aunque no debe confiarse, su padre le ha advertido que aquellos caras pálidas son muy diestros en el engaño y la simulación. Pero qué alto y apuesto se ve ahora que se ha quitado aquel horrible caparazón brillante y ese tremolante casco de guerra.

Así deben ser los dioses cuando adquieren formas de mortales, así le gustaría que fuera el dios Sol, quien dentro de pocas lunas será su esposo, y a cuyo templo y adoración se tendrá que consagrar. Esto sin duda alguna es un gran privilegio y ella no debe ni jamás se atreverá a contradecir la voluntad de su amadísimo padre. Pero si como decían los sacerdotes de su tribu, le iba a ser concedido el extraordinario don de mirar de frente al sol y pedirle lo que quisiese, iba a suplicarle que algunas veces se metamorfoseara en la forma de aquel gallardo ser que ahora tenía enfrente, y que ella pudiera entender el contenido de sus palabras.

Las otras doncellas halándola por los brazos la sacan de sus deseos, y le hacen ver lo insensato que es permanecer aún más tiempo, como embobada. mirando al extranjero, quien también parece hechizado.

Flor del Aire prohibió a sus doncellas revelar lo acontecido aquella mañana. Si mi padre se entera, no sólo proscibirá por muchos días nuestro regreso a la fuente mágica, causante de nuestra belleza y juventud, sino que además vendrá con sus guerreros y peinará todos estos montes hasta dar con los extranjeros y matarlos.

- Y tú no quieres que eso ocurra, porque te has enamorado del que nos habló, aunque no entendimos nada de lo que dijo -se atreve a opinar una de las doncellas- y todas las demás profieren risitas y cuchicheos cómplices.

-No sé lo que me ocurre -confiesa Flor del Aire- pero ya no me siento tan feliz por ser dentro de pocos días la esposa del Sol, y esto de ningún modo deben decírselo a nadie, ni siquiera a los hilos de sus hamacas.

Esa tarde Flor del Aire rehusa la compañía de sus doncellas, y tampoco participa en ninguno de los juegos en los que siempre es la figura principal. Pide que su hamaca le sea colocada en medio de dos corpulentos árboles y permanece allí hasta la caída de la tarde, mirando con arrobamiento los últimos rayos del sol, que como todas las noches se retira a descansar más allá del horizonte.

Ya es casi la medianoche, y Flor del Aire no ha podido dormir. Su padre, quien últimamente ha estado muy ocupado en los asuntos de la guerra, hace un momento

vino a despedirse. Uno de sus vigías le había informado haber visto la tarde anterior, a un grupo de extranjeros cerca de «el salto del caballo», y salían en su persecución. Estaba prohibido alejarse de la aldea, hasta segunda orden. Y debía continuar con los preparativos para la gran ceremonia de la boda con el dios Sol, que sería pasadas dos lunas.

- Padre -dice tímidamente Flor del Aire- ¿puedo hacerte una pregunta?

- Todas las que quieras, pequeña mía -responde con dulzura el gran cacique, y se quita el casco- en cuyo penacho sobresalen vistosas plumas de quetzales y gaucamayás, para poder besar la frente de su hija.

- Padre ¿cuando sea la esposa del dios Sol tendré que consagrarme por entero a él.

- Así es, pequeña. Serás la Sacerdotisa del nuevo templo que he mandado a edificar para nuestro dios.

- ¿Y eso significa que debo renunciar por siempre al amor de un hombre de mi raza?

- Así es. Debes permanecer virgen. Y el dios Sol es muy celoso y calcina con sus rayos a quien se atreve a traicionarlo.

- Una última pregunta, padre.

- A ver. Disipa todas tus dudas.

- ¿Tú crees que el dios Sol alguna vez podrá adquirir la forma de un mortal para hacerme feliz?

- Eso muy pocas veces ocurre, pero es posible.

- ¿Y si le pido algo al dios Sol antes de ser su esposa, me lo concederá?

- La verdad es que para esa pregunta no tengo respuesta -responde el cacique- antes de volver a colocarse el casco.

Después sobreviene un largo silencio. La princesa también sale, y sin ser notada se dirige a la montaña. Ha decidido esperar allí la salida del dios Sol, y aunque todavía no es su esposa, mirarlo de frente y pedirle la concesión de una gracia.

Y antes del amanecer Flor del Aire está en la cumbre de la montaña. De repente una gran claridad va llenando de oro el azul oscuro del cielo. Las flautas de las aves parecen enloquecer de contento, anunciando el nuevo día. Y ella espera, con la tranquilidad que dan las grandes determinaciones, la llegada del Sol. La voz tronante del dios se confunde con el silbido del viento entre los grandes árboles y la vocinglería de las aves.

-¿Quién se ha atrevido a venir a espiarme cuando me levanto? -gruñe irritado.

Flor del Aire adelanta varios pasos hasta quedar frente a la cara resplandeciente del Sol y responde:

- He sido yo, majestuoso dios, tu futura esposa.

-¿Y crees que esa promesa te otorga derechos? Sois como todas las mujeres, que empiezan a tomarse libertades mucho antes de que uno se haya puesto la soga al cuello. Ja, ja, ja. Debes considerarte afortunada, porque hoy he amanecido de buen humor. De otra manera ya te hubiera fulminado. Y ahora retírate, antes de que el calor empiece a irritarme.

- No puedo retirarme sin que antes escuches lo que he venido a pedirte.

- Mira que eres atrevida. Habla pronto, que debo empezar mi diario peregrinar.

- Sé que será un gran honor ser tu esposa, pero antes de que se realice esta consagración, quise que supieras que mi corazón ha empezado a palpitir más a prisa desde ayer.

- Claro, la emoción debe ser muy grande.

- No gran dios, no es por nuestra boda.

- Ah, no? ¿Y que puede ser para ti, simple mortal, más importante que eso?

- Ayer tuve una visión que aún tiene conturbado mi ánimo. Al principio creí que eras tú, que te me aparecías bajo la forma de un mortal, para probar cuán agradable podía ser a tu paladar. Pero no, era uno de esos extranjeros que ahora visitan nuestras tierras.

- Esto significa que uno de esos invasores, a quienes tu padre ha declarado la guerra, ha logrado conmover tu corazón?

- Así es, padre.

- Y ahora me llamas padre, como para marcar distancia entre nosotros. ¡Mira que eres insensata! Has traicionado a tu raza, y esta traición no puede quedar impune. Como castigo te transformaré en esta montaña, para que todas las mañanas, cuando veas que me levanto y empiezo a arrastrar mi carro de luz, recuerdes tu doble falta: haber permitido que naciera otro sentimiento de afecto, siendo mi prometida, y que haya sido hacia uno de esos extranjeros que han venido a subyugar vuestra raza.

Al terminar de pronunciar esta sentencia, el dios Sol envió sus rayos hacia Flor del Aire, suspendiéndola de la tierra hasta ponerla en posición horizontal sobre la montaña, en la cual, poco a poco, se fue perfilando la silueta de una india dormida.

MALDITOS SEAN
LOS
CARAS PÁLIDAS



El cacique había oído contar a un anciano que hombres de otra raza -quienes viajaban sobre el lomo del mar en grandes casas, que no se hundían, ni se abrían camino entre las aguas por medio de los remeros, sino que eran empujadas por el viento- habían desembarcado en las tierras del Cacique Natá y que luego de ofrecerle éste los dones de la hospitalidad, aquellos malditos caras pálidas de largas cabelleras, ojos azules y cuerpos cubiertos con una caparazón brillante, que cuando le daba el sol dejaba ciego a quien los mirase, los habían atacado para apoderarse de sus riquezas, esclavizar a los hombres y deshonorar a sus mujeres.

Por eso -fueran ciertas o falsas aquellas palabras- estaban alertas y habían apostado varios vigías en los puntos más altos de sus dominios. Si al cabo de varios años de guerras fratricidas, por fin habían logrado convencer a los otros caciques del sin sentido de esas luchas estériles; si la madre tierra es generosa y daba abundantes cosechas a todo aquel que la trabajase con empeño; si sus ríos y montañas estaban llenos de peces, venados y jabalíes de sabrosa carne, y si nadie podía arrogarse ya el derecho de ir a quitarle a otro lo que no le pertenecía, sino que podía obtenerlo pacíficamente por trueque, entonces no había razones valederas para pelear entre ellos.

Al contrario, debían permanecer muy unidos y hacer un frente común, porque las profecías de los sabios señalaban que de lejanas tierras vendrían hombres de otras razas a matar a sus hermanos, robarse sus riquezas y deshonorar a sus mujeres.

Y ahora, todo parecía indicar que ese momento,

muchas veces temido por los ancianos, niños y mujeres estaba cerca.

Una mañana el cacique recibió mensaje de uno de sus vigías, enseguida emprendió camino y horas más tarde estaba en lo alto de una montaña, desde la cual divisó una extraña embarcación que, efectivamente, se movía sola, sin que remeros algunos la hicieran andar. Entonces era cierto. Pero él no iba a quedarse de brazos cruzados, esperando que la desgracia llegara a tocar a sus puertas y se aposentara en sus viviendas.

Despachó varios emisarios a las tribus vecinas, para prevenir a los otros caciques de lo que estaba ocurriendo y convocarlos a una asamblea para la próxima luna, que sería dos días después de pasado mañana.

Ahora el cacique espera impaciente la llegada de los otros caciques -Bulabá, Musá, Vareclas, Nomé, Chiriquí, Antón, Pocoa, Trota, Copeche, Perequetá y Cé-baco- quienes habían confirmado su participación.

Como le ocurría de ordinario, cuando tenía que dirigirse a los hombres y mujeres de su tribu, repasaba mentalmente las palabras que les diría a estos jefes, para convencerlos de la gravedad de la situación. Había pensado llevar a Yaraví, el vigía que le había avisado, y quien también había visto aquella extraña embarcación, que misteriosamente avanzaba por el lomo del mar como empujada por el viento ¿No será que estos hombres tienen contacto con los dioses? Pero si así fuera, no vendrían a matar, a saquear y a violar a nuestras mujeres, respondería, si alguno de los caciques le hiciera aquella pregunta.

Una de sus concubinas vino a traerle un poco de chicha de maíz, que el cacique apuró a grandes tragos. Devolvió la calabaza y preguntó cómo andaban los preparativos para recibir a los visitantes.

La joven, -sin alzar la cabeza- respondió:

- Los tres jabalíes que mandaste a cazar ya están siendo aderezados por nuestras mujeres, y la chicha de maíz, como habrá podido comprobar tu paladar, empieza a tener el punto de fermentación que te agrada.

El cacique dio instrucciones para que continuaran los preparativos -ya cada quien sabe lo que le corresponde hacer, pues no es la primera vez que celebran una asamblea- durante esa tarde, la noche y la mañana siguiente, mientras él se retiraba a la montaña a pedirle a los dioses le dieran las palabras exactas y eficaces para convencer a los caciques:

“ Hermanos, tenemos que unirnos para enfrentar juntos a los hombres barbudos que han llegado por el mar, traen armas que arrojan fuego, largos cuchillos relucientes, fieros animales que muerden y otros mucho más grandes que los transportan con gran rapidez de un lugar a otro.

Permaneció durante tres días en la montaña. Por esos días empezó a tejerse la leyenda que asegura, que bajó de allá con una gran hacha de guerra, obsequiada por el dios Ulikron, y que esta arma colosal lo hacía invencible en el combate. Era noche de luna llena y la diosa Ñoñó se mostraba en todo su esplendor. Aún debajo de

los árboles la claridad que emanaba del cielo hacía clarear las sombras, por lo que la aldea parecía más bien sumida en un agónico atardecer.

Por esta razón y siguiendo sus instrucciones no habían colocado las antorchas de capullos de maíz, que durante las noches oscuras utilizaban para alumbrarse y ahuyentar a los animales salvajes que a veces se acercaban a la aldea.

El cacique se ha ataviado y luce imponente. Viste una túnica de guerrero que su padre, el Cacique Badadá, le obsequiara antes de morir. En su diestra empuña el ce-tro, símbolo de su poder absoluto; en sus brazos relucen hermosos brazaletes y sus pies calzan cómodas sandalias, hechas con cuero de serpiente.

Desde la noche anterior habían empezado a llegar los caciques a la aldea, trayéndole a Urracá hermosos presentes, cada uno reflejando las artes y habilidades en que eran particularmente diestros, y los animales y productos con que habían sido favorecidos por la madre tierra. En el gran salón que había dispuesto para exhibir los obsequios de sus visitantes, podían apreciarse desde cazuelas y tinajas de barro hermosamente decoradas, hasta puntas de flechas y pieles de tigrillo, pasando por collares, bolsas, hamacas, piedras para moler maíz, mantas y caracoles de brillantes colores. Incluso, el cacique Pocoa le había traído dos esclavos, de una de las belicosas tribus del cacique Pocorosa. Urracá, al principio, rechazó el obsequio. Él creía que ningún hombre podía atribuirse el derecho de esclavizar a otros, pero luego, cuando los desgñados y semidesnudos aborígenes, por medio de

un intérprete, pidieron asilo para quedarse a vivir en la tribu del valiente y generoso cacique Urracá, porque ya ellos estaban cansados de tanta guerra, éste los acogió con beneplácito, y no como esclavos, sino como hombres libres, siempre que estuviesen dispuestos a trabajar y brindar su concurso para el progreso y bienestar de esta tribu que desde hoy sería la de ellos.

El cacique dio la orden para que hicieran pasar a los jefes y delegados de las otras tribus, al gran salón que especialmente había mandado a construir para tan memorable encuentro. Este recinto estaba cercado y tenía dos enormes puertas para que, en caso necesario, pudieran salir casi todos al mismo tiempo, al abrirlas de par en par. No tenía techo, pues esa noche habría luna llena y quería que la diosa Ñoñó fuera quien presidiera la reunión, como lo había dispuesto Urracá.

Poco a poco los caciques y jefes de las delegaciones fueron saliendo de las diferentes tiendas en donde habían descansado de las fatigas del viaje, y se fueron congregando.

Cuando estuvieron todos reunidos entró el cacique Urracá, seguido de numeroso séquito, como correspondía a un joven guerrero que como él, había adquirido tanto prestigio.

Los caciques hicieron un círculo y a Urracá, como anfitrión, le correspondió el lugar central, justamente frente a la diosa Ñoñó.

Después que el pregonero hizo la presentación

protocolar de los caciques y delegados de las tribus presentes, anunció que en ese momento les hablaría el gran cacique Urracá, señor de los llanos de Veraguas y Coclé y de la Serranía del Tabasará. El cacique se puso de pie y los increpó de esta manera:

- Valerosos caciques y delegados de las tribus aquí presentes. Quiero expresarles, a nombre de mi pueblo, nuestro imperecedero agradecimiento por este gesto de buena voluntad que los enaltece, al acudir a nuestro llamado.

La verdad es que antes de verlo con mis propios ojos, con estos ojos que se los ha de tragar la madre tierra, yo tampoco lo creía. Por eso cuando fui a las fiestas en honor a la diosa Zoe, en los dominios del gran cacique Musá, con aquella inconsciencia propia de la juventud, hice bromas sobre aquellos comentarios, llamándolos “cuentos de viejas para asustar a los niños”. Y ciertamente eso parecían al principio, porque cómo podíamos creer en la existencia real de unos seres singulares, de rostros pálidos como la luna, y pelos en la cara, quienes atravesaban el salado mar en grandes casas flotantes, en donde tenían aprisionados el rayo y el trueno. Cómo podíamos creer que poseían poderes sobrenaturales y extraños, y que tenían un caparazón como el de las grandes tortugas marinas, que no podía ser atravesado por nuestras flechas y dardos, y que montaban sobre unos grandes animales que les llevaban rápidamente de un lugar a otro. No, eso no lo podíamos creer. De seguro se trataba de las fantasías de alguna mente alucinada.

Pero he aquí que todos estos prodigios que

nuestra imaginación no hubiera sido capaz de crear, han empezado a hacerse visibles ante nuestros asombrados ojos. Creo que ahora cada uno de nosotros podría contar de estos extranjeros algo que ha visto o escuchado, de fuente fidedigna. Pienso que ya ninguno de los aquí presentes se atrevería a decir que éstos son “cuentos de viejas para asustar a los niños”, como dije yo aquella vez, porque cada día es más notoria su presencia entre nosotros, y la fama de sus atrocidades se ha extendido de uno a otro confín de nuestros territorios.

Esta es la razón principal por la que los he llamado a esta asamblea, valerosos caciques, vecinos y amigos. Afortunadamente ya hemos superado las viejas rencillas, odios y guerras inútiles en que nos vimos sumidos por demasiado tiempo, y establecido fructíferas alianzas, trueques y relaciones de intercambio y hasta de parentesco.

Salvo con el cacique Cébaco, con quien he tenido algunas diferencias, y que se halla dignamente representado en esta reunión por su primo, el gran guerrero Dadá, con todos los demás caciques de nuestra región, mi difunto padre y yo hemos mantenido cordiales relaciones.

Y ahora, hermanos, ante el peligro común que nos amenaza, ha llegado la hora de olvidar cualquier ofensa, y prepararnos para enfrentar juntos a un enemigo que no sólo es poderoso en número, sino que además, según los informes suministrados, posee poderes sobrenaturales, o al menos desconocidos para nosotros.

Si estas noticias son ciertas, si es verdad que tienen aprisionado el rayo y el trueno en sus grandes casas flotantes, tendremos que enfrentarnos con hombres que, indudablemente, han

alcanzado un gran adelanto en el arte de la guerra.

Pero no quiero seguir hablando sin antes conocer el parecer de ustedes, no vaya a ser que esté alarmado injustificadamente, que mi vigía y yo hayamos sido víctimas de una alucinación.

El belicoso cacique Perequetá, señor de los llanos de Mensabé, pidió la palabra y se expresó de este modo:

- Valiente y sabio cacique Urracá, lamento decirte que ni tú ni tu vigía han sido víctimas de alucinación alguna, porque si así fuera, también yo, mis dos hijos y mi yerno lo hubiéramos sido. Es un hecho que hombres extraños, y al parecer muy poderosos, han arribado a nuestras tierras. Y sus actos indican que no son buenas sus intenciones, porque en más de un lugar han matado, robado, saqueado, violado mujeres, y tomado prisioneros a hombres y mujeres de nuestra raza, seguramente para esclavizar a unos, y tener como concubinas a las otras.

Esta es la razón por la que he acudido con premura a tu llamado, sabio cacique Urracá, porque considero que la sobrevivencia de nuestra raza es lo que está en peligro y frente a esta disyuntiva, sólo tenemos dos caminos: unirnos para enfrentar a un enemigo tan poderoso, o perecer. Por estas razones y otras más que podría aducir, ofrezco el ánimo esforzado y belicoso de todos mis guerreros, al frente de quienes iré yo mismo, para que así formemos una gran alianza, y no permitamos que nuestra raza desaparezca, o, en el peor de los casos, sea esclavizada por extraños de lejanas tierras.

El primo del cacique Cébaco, el guerrero Dadá, miró al cacique de Veraguas y con un movimiento de su mano izquierda, manifestó sus deseos de intervenir. Urracá le concedió el uso de la palabra, y aquél se expresó en los siguientes términos:

- Esforzados y alarmados caciques: por mi condición de jefe de los guerreros de nuestra isla, fui comisionado por el gran cacique Cébaco, para representar a nuestra tribu en esta reunión convocada por el cacique Urracá.

Deseo manifestarles que ciertamente los extranjeros de rostros pálidos como la luna y pelos en la cara, de quienes hablan las antiguas profecías que nos han contado los abuelos, han llegado a nuestras costas, y se encuentran aposentados en lugares no distantes de aquí.

No hemos tenido, todavía, trato con ellos, pero por todo lo que hemos oído, creemos que son, sin duda alguna, enviados de los dioses, de quienes también nos contaron los abuelos. Y si esto es así, como en efecto nuestro cacique y nuestro pueblo lo cree, consideramos inútil, insensato, e inoportuno enfrentarnos a ellos. Antes bien, debemos unirnos, sí, pero para prepararles un gran recibimiento y ofrecerles los sacrificios que como dioses se merecen, y de esta manera ganar su benevolencia, para que nos sean propicios.

Este es el mensaje que les envía el gran cacique Cébaco, acerca del sentir de nuestro pueblo. Por lo tanto, habiendo conocido ya el propósito de esta reunión, y si ustedes no están dispuestos a cambiar su parecer y unirse al nuestro, pido su anuencia para retirarme, porque ya desde hoy, estaremos en bandos contrarios.

Todos los caciques se quedaron admirados al terminar Dadá su discurso. Hubo un continuado murmullo que se extendió a todo lo largo de la asamblea. Algunos se volvieron para conversar entre sí, y las miradas, poco a poco, se fueron dirigiendo hacia el cacique Urracá, en espera de su respuesta.

Dadá miraba temeroso los rostros de los caciques, buscando descubrir en ellos los indicios de una posible reacción airada. Igualmente, los guerreros del numeroso séquito que lo acompañaba, estaban alertas, en espera del menor movimiento, ya fuera para atacar o defenderse.

Urracá previó todas las consecuencias que sus palabras podrían provocar en el ánimo de los presentes, y con voz reposada, pero no por ello exenta de cólera y firmeza, dijo:

- No podíamos esperar menos, ni más, de alguien como el cacique Cébaco, quien a lo largo de todos estos años, parece haber estado empeñado en demostrarnos su convicción de que a través del robo, la pillería y la rapacidad, un cacique puede obtener poder y prestigio frente a los demás caciques.

Sus palabras, dichas a través de la boca del guerrero Dadá, porque ni siquiera ha tenido la valentía de venir a decírnoslas personalmente, no me han llenado de sorpresa, porque de nada debe sorprenderse un hombre sensato, pero sí de indignación y de honda pena por el valeroso pueblo de la isla, quienes merecen estar mejor gover-

nados.

Nosotros no vamos a iniciar una guerra con nuestros hermanos de sangre, por unos extranjeros que han venido a esclavizarnos, pero todos aquellos que se pasen a pelear al bando del enemigo, serán considerados como tales y por lo tanto recibirán el trato correspondiente. Yo los invité a esta reunión, y es mi deber velar porque regresen sanos y salvos a su isla. Por esta razón ordenaré que un grupo de mis mejores remeros los acompañe hasta muy cerca de sus territorios, y también que se les suministren todas las provisiones y bastimentos necesarios para la travesía.

Díganle al cacique Cébaco que si no recapita, y persiste en su equivocada actitud de apoyar a los extranjeros invasores, me busque, para que pueda ser yo quien realice la tan necesaria tarea de arrancar su mala simiente de entre nosotros.

Dadá y sus guerreros, escoltados por el grupo de remeros designados por el cacique Urracá, se dirigieron a la costa. Dadá insistía en que no les era necesario tal acompañamiento, total, si ya eran enemigos, y además la diosa Ñoñó les era propicia, la noche estaba tan clara como el día y ellos eran guerreros experimentados que en vez de temer, eran temidos.

Urracá, notando que las palabras de Dadá había producido cierta confusión y desánimo en los caciques propuso un receso y ordenó que trajeran bebidas, viandas y música, para alegrar el cuerpo y el espíritu

Momentos después se reanudaba la reunión. El

cacique Urracá trató entonces de sacarle provecho a la situación que había provocado la embajada de Cébaco. Habló del respeto y la veneración que habían sentido todos sus antepasados, y también él, por los dioses. Había consultado a los más ancianos de su tribu, y ninguno había señalado que las profecías de los sabios hablaran de que aquellos extranjeros de luengas barbas y rostros pálidos como la luna, fueran dioses, y ni siquiera enviados de ellos.

¿O creen ustedes, venerables caciques, que nuestros dioses, o sus enviados, vendrían a matarnos? ¿Qué gran pecado colectivo ha cometido nuestro pueblo, o sus dirigentes, para merecer semejante castigo? ¿Hemos dejado, acaso, de ofrecerle puntualmente, nuestras ofrendas, sacrificios y primicias? ¿Hemos dejado de brindar los dones de la hospitalidad a viajeros y visitantes?

Somos partidarios de la sodomía, o mantenemos relaciones incestuosas, en el seno de nuestras familias? Todos sabemos que no, que ninguna de esas prácticas indecorosas ocurren entre nosotros. Y también sabemos que nuestros dioses son tutelares, por lo cual siempre hemos sido favorecidos por ellos.

No, respetados caciques. No podemos creer que seres extraños que llegan a matar, robar, saquear, y violar a nuestras mujeres, puedan ser dioses o emisarios de ellos. A menos que sean espíritus malignos, o extranjeros que estén bajo su égida. Y si así fuera, también tenemos que combatirlos.

Todos nosotros conocemos las pillerías de Cébaco, y su renuencia a establecer lazos de amistad con otras tribus. Por eso es comprensible que

ahora esté dispuesto y hasta interesado en realizar alianzas con los invasores. Como todo cobarde, siempre ataca a los débiles, y se rinde ante los que considera más poderosos. Su arma principal es el engaño, la simulación y el ataque artero.

Les aseguro que nunca tuvo intenciones de formar alianza con nosotros, y que envió a su primo para enterarse de cómo nos estábamos preparando para la defensa, y que ya a esta hora, sus nuevos amos deben conocer de nuestros planes.

Ahora quisiera oír el parecer de los caciques. ¿Quiénes están dispuestos a formar parte de esta gran alianza? ¿quiénes se abstienen? Y quiénes prefieren, como Cébaco, pasarse al bando enemigo?

Gran inquietud y movimiento produjeron estas palabras en el ánimo de los caciques allí reunidos. Semejante al ruido que produce un enjambre de abejas, cuando el grito del águila que llama a sus polluelos les conturba, tal murmuraban y se movían los caciques, consultándose entre ellos.

Esta vez fue el cacique Musá, quien pidió autorización para dirigirse a los presentes.

- Noble y esforzado cacique Urracá, anfitrión nuestro y mentor de esta gran Asamblea, has manifestado tu deseo de oír nuestros pareceres acerca de la propuesta que, con justificadas razones, has presentado a nuestra consideración. Ciertamente la presencia de los extranjeros en nuestras tierras es un hecho incuestionable. Y yo tengo noticias mucho más alarmantes acerca de sus

escandalosas costumbres. Un muchacho de mi aldea fue capturado y permaneció durante muchas lunas con ellos. Logró escapar y contó hechos en verdad asombrosos.

Dice que no todos son guerreros y que no hay casi mujeres entre ellos, aunque algunos hombres gustan vestirse como tales. Uno de éstos, vestido con una larga falda negra, y con dos pequeños palos cruzados, colgados del cuello a modo de brazalete, le enseñó a hablar en su idioma, mostrándole objetos y diciéndole palabras que repetía y le hacía repetir varias veces. Así se enteró de que no adoran a nuestros dioses ni diosas; sino a un solo dios que permanece clavado sobre unos palos cruzados, que llaman cruz. Este dios se parece a ellos, tiene pelos en la cara y largos cabellos dorados. En lo único que se parece a nosotros es en que apenas cubre sus vergüenzas.

El hombre éste, vestido de mujer, trató muy bien a Berequetá, que así se llama el muchacho y le explicó que ellos se comen a su dios y se beben su sangre, en una ceremonia que llaman misa. Y le permitió participar en uno de esos extraños rituales, ya que es él mismo, vestido con otra falda, quien la preside. Pero Berequetá no vio que se comieran al dios, sino que el hombre tomaba chicha, y le daba de comer a los demás, y él también comía, pequeñas y delgadas tortillas blancas.

Así es caciques, ésa es otra de sus extrañas costumbres, y ése es el dios que adoran. Ahora juzguemos, y decidamos si debemos ir o no a la guerra.

El cacique Urracá enfatizó lo grave que se tornaban ahora las cosas, con esta nueva información que ha suministrado el cacique Musá:

No se trata solamente de nuestras vidas, sino también de la vida de nuestros dioses, nuestras costumbres, y nuestra raza. No sólo nos esclavizarán, sino que también nos obligarán a hablar con sus desagradables sonidos, y tendremos que adorar al hombre clavado en los palos en cruz. No sé qué más podemos esperar para declararles la guerra. Para mí está claro, no tenemos otra alternativa, y creo que en estos momentos corresponde saber con quiénes contamos para formar esta gran alianza, y quién va a ser el dirigente de las tribus confederadas.

Un corredor enviado por el Saila Pelidá, jefe de las tribus de los dules, se levantó con mayor agilidad de la que podía esperarse de sus cansadas y robustas piernas, y dio respuesta a la pregunta planteada por el cacique:

- Precavido y modesto cacique Urracá, todas las palabras que salen de tu boca, son muestras elocuentes de sabiduría, prudencia y humildad. ¿A quién más que a ti, podríamos elegir para que vaya al frente de las tribus confederadas en esta gran alianza? Quién más que tú ha promovido siempre la unión entre nuestras tribus, y ahora nuevamente nos aventajas, al dar la voz de alarma. El mensaje que te envía nuestro Saila es el siguiente: «Gran Cacique Urracá, puedes contar con un grupo numeroso de mis mejores guerreros, al frente de quienes irán mis dos hijos. Lamento por esta vez no acompañarlos, pero la carga de los años ha entorpecido un poco la ligereza de mis piernas y temo ser en la fragorosa guerra más que una ayuda, un estorbo».

el aire. Fueron alineados según el color de sus plumas; a un grupo de guerreros de vestidos y penachos rojos, seguía otro de plumas verdes, amarillas o azules, todos imitando los colores del guacamayo.

El Cacique Urracá recibió a dos de aquellos hombres de caras pálidas como la luna, quienes con abundantes palabras (que él no entendía) trataron de causarle positiva impresión; incluso repartieron algunas baratijas y sonajas que habían traído. Pero nada de esto sirvió para librarlos de la pesada muerte.

Los españoles viendo que su embajada de paz había fracasado, se preparaban para una furiosa acometida.

Cerca y lejos el suelo retumbaba. Parecía que el rayo y el trueno que tenían aprisionado en sus casas flotantes, lo traían a la batalla.

El cacique con su enorme maza, se abrió paso entre los gladiadores, hasta romper el cerco enemigo. De roja y fresca sangre quedó cubierto, de aquellos que en el campo dejó muertos.

En medio del ejército enemigo, sin temor a la muerte, se desplazaba. No eludía ningún combate, y la fuerza a los suyos les redoblaba, cuando los animaba con grandes voces.

- ¡Que no los espante ver morir al compañero, ni que esas pesadas bolas de fuego que nos lanzan, tumben y destrocen las cabezas, ni tampoco

ver los cuerpos mutilados, que por cada uno de ellos, muchos de los nuestros hay, para cobrar venganza!

Los españoles, a pesar de combatir con ardientes rayos y ensordecedores truenos, no pueden igualar en valentía a los naturales, ni ser tan diestros en el arte de la guerra. Por cada diez que caían, otros veinte aparecían.

Como manada de salvajes jabalíes, cuando a un lugar estrecho es reducida por diestros cazadores, que con agudas lanzas y mortíferos dardos la persigue, viéndose acosada y casi vencida, uno rompe la unidad con la huida, y los demás siguen aquel funesto ejemplo, así las huestes de los invasores, en desbandada se deshizo. Quedan por el llano cientos de cadáveres. Los arroyos de sangre el verde tiñen, el aire se conturba y se estremece con el llanto y los alaridos de aquellos que son pasados a cuchillo. También las agudas lanzas atrevidas, otra vez de sangre se remojan.

El saldo del primer y cruento combate es favorable a los naturales. Hay muchos enemigos muertos y algunos prisioneros, entre éstos uno de esos animales gigantes que ellos al principio, al verlo en unidad con el hombre que llevaba a cuestas, creyeron era un dios que estaba en muchas partes.

El cacique regresa a la aldea, y con rabia se entera de que durante su ausencia otro grupo de aquellos pérfidos traidores ha saqueado, matado y violado a muchas mujeres, y lo que es aún peor, se han llevado prisionero a su pequeño hijo Igualá.

-¡Malditos sean los caras pálidas! -profiere por segunda vez el gran cacique- y desde entonces un solo pensamiento lo anima: acabar con la vida de todos aquellos extranjeros.

Los preparativos para la guerra continúan. El cacique ordena estado de alerta general y permanente. Pide le traigan el gigantesco animal que él mismo capturó. Y ante el asombro de todos los presentes, el cacique amarra las cuatro patas de aquel portentoso monstruo, luego hala la soga con fuerza, haciéndolo caer a tierra.

- Vengan -les dice satisfecho, poniendo la planta de su pie sobre la cabeza de aquel gigante- vean, es sólo un animal, un animal como cualquier otro. Y los conmina para que lo toquen y lo hieran con sus cuchillos de obsidiana. Es cierto, sale sangre roja, roja y espesa, como la de un jabalí.

Desde ese día los guerreros perdieron el miedo ante aquel animal que antes les causara tanto espanto. De igual forma los aleccionó sobre los otros animales, esas fieras pequeñas, de grandes colmillos, que obedecen cuando ellos les hablan, y les avisan de nuestra presencia con grandes gritos. Por último les advirtió que debían matar al enemigo, y no tratar de capturarlo vivo.

El cacique se preparaba porque ahora era él, quien debía atacar a los extranjeros. Había que rescatar a su hijo o vengar su muerte.

Pasadas dos lunas después de la primera batalla, convocó una asamblea, para explicar a los otros caciques, la estrategia de ataque que pensaba utilizar.

Ya todo está preparado para dar inicio a la asamblea, y el cacique todavía se encuentra en su hamaca, agobiado por negros pensamientos. Ha oído dos veces el canto de la lechuza y un extraño presentimiento se ha adueñado de su ánimo. Presiente la cercanía de una desgracia.

Cuando se dispone a salir llegan dos emisarios. Uno le informa que los caciques ya se encuentran congregados e impacientes, y el otro, que un vigía acaba de avisar sobre el regreso de su hijo.

El cacique ordena que si no se halla gravemente herido lo lleven a la asamblea, y se dirige al recinto en donde ya se encuentran los otros caciques reunidos. Ha pensado que puede ser un buen estímulo para todos el relato de Igualá.

Pero contrario a lo que él esperaba, cuando le dieron cortesía de sala a su primogénito, éste, en lugar de narrar las atrocidades y trapacerías de los invasores, inició un encendido elogio, el cual, él, Urracá, no podía permitirle que terminara. Tomó su colosal hacha, que tantas cabezas de enemigos había destrozado, y saltando al centro de la asamblea, acabó con la vida de su hijo.

Ahora el cacique ha regresado a su hamaca, en donde amargamente llora.

ROJA COMO LA SANGRE



«Y apelo ante la historia, seguro de que ella me hará justicia y limpiará el baldón que hoy cae sobre mí y los míos y pondrá su estigma sobre quienes me llevan al patíbulo, más por obedecer consignas de lo alto y complacer a un poder extranjero que por convicción de mi culpabilidad»:

Prestán ante la horca.

**Colón, Avenida Bolívar, entre calles
3ª y 4ª. 18 de agosto de 1885.**

El viajero sale del hotel, rumbo a la estación del tren y se interna por una calle polvorienta, llena de gran animación. Ve carruajes tirados por caballos, negros cargando bultos, y chinos, negros, gringos; aquello es un hormigear de gente.

Todavía faltan algunas horas para la salida del tren, por lo que tendrá tiempo para mirar los escombros de la ciudad recién devastada. Ahora ya es notoria la recuperación, sobre todo en el área comercial, en donde chinos, hindostanes, asirios, judíos, alemanes, han vuelto a levantar, algunos de manera improvisada, sus tiendas y comercios al detal. La ciudad, como un ave fénix, parece renacer de entre sus cenizas.

Y pensar que todo esto -para estigma de los que nacimos en esta honrosa ciudad- lo provocó un cartagenero. Pero bueno, era un negro de la plebe. Además yo no tengo que andar pregonando que era mi coterráneo. Con estas gentes de Panamá nunca se sabe. Y es posible que todavía estén dispuestos a tomar represalias.

Así que ya sabes, Baldomero Lino Castillo

Araujo, nada de irte de la lengua. Si alguno -que no faltará- te quiere contar lo sucedido, déjalo que hable, y por nada del mundo menciones la sogá en la casa del ahorcado, ja, ja, ja. Siempre me ocurre: pienso y de repente, sin darme cuenta, me río o hablo en voz alta. Vamos a ver, el asturiano dueño del hotel me dijo que el ahorcamiento había sido en la misma línea del tren, en la Avenida Bolívar. Debe ser allá, donde se ve ese parapeto.

-¿Conque aquí fue donde ahorcaron al negro incendiario? -dice siguiendo su inveterada costumbre de pensar en voz alta-. Y enseguida oye la réplica de alguien que le contesta.

-No venga a propagar infundios contra el doctor Pedro Prestán. Yo que lo conocí bien puedo dar testimonio de que él no incendió la ciudad de Colón, ni dio orden para que alguno lo hiciera. ¿Qué cómo lo sé? Estaba con él a las dos de la tarde, cuando comenzó el fuego. Sí, claro que puedo relatarle como sucedió todo. Pero antes, permítame que le haga una pregunta ¿Sabe usted quién fue Pedro Prestán? Entonces, déjeme que se lo diga.

Era un mulato cartagenero, de cabellos crespos, los cuales peinaba con raya en el centro, tenía un poblado bigote. Solía vestir a la moda: botines negros, pantalón gris y saco largo, de color oscuro. Sus camisas siempre eran blancas, de cuello alto. Usaba corbatín negro, o corbata a rayas. Completaba su vestimenta con un bombín, es decir un sombrero hongo, también de color gris.

En todas partes le decían con respeto «doctor Prestán». Y no era un título gratuito, sino bien ganado a

fuerza de estudios durante la noche, porque de día trabajaba. Su primer oficio fue el de carretillero. Y luego bien confirmado, con una actuación brillante en los tribunales y en el ejercicio de la abogacía litigante.

Había nacido en Cartagena de Indias, hijo de una lavandera y de un marinero antillano. Desde niño trabajó para ayudar a su madre y a sus hermanos. Era un entusiasta joven de unos 22 años cuando llegó a Colón. Y aquí echó raíces. Contrajo matrimonio con Mariafelis Ayarza. Y se dedicó con ahínco al ejercicio de su profesión, logrando un rápido y notorio éxito. Nació su hija, a la que bautizó con el nombre de América, y compró para ellas una hermosa casa de madera, en donde asentó su hogar. Más tarde se hizo propietario de dos casas de alquiler.

Era de tez morena, pero ni su raza ni su piel le dolían, al contrario, sentía un sincero orgullo de su estirpe hispanoamericana, y de sus ancestros afroantillanos. Para él la superioridad de un hombre no radicaba en su etnia, color o nacionalidad sino en su inteligencia, educación y sentimientos.

Además del español, hablaba y escribía con fluidez el inglés, francés, portugués y el italiano. Fue un hombre cultivado. No era enemigo oficioso de los gringos, pero no soportaba sus insolencias. Su patriotismo hacía que lo lacerara la constante intervención estadounidense en el istmo, al amparo del Tratado Mallarino-Bidlack. Además lo enervaba la actitud sumisa de muchos colombianos del Departamento de Panamá.

Profesaba la ideología liberal. Había sido admirador del doctor Rafael Núñez, pero se decepcionó completamente de él cuando «El Regenerador» traicionó los principios del liberalismo, aliándose con los conservadores, quienes incluso lo llevaron al poder en 1880; y luego, como a un emperador vitalicio, volvieron a reelegirlo en 1884. Entonces los liberales radicales, entre los que se encontraba Prestán, se levantaron en armas.

No, estimado compatriota, no soy maestro de historia. Simplemente he sido testigo de todos estos hechos que le estoy contando. Como espero ser, si Dios me sigue dando larga vida, testigo de muchos otros. Además son acontecimientos recientes. De haber llegado usted unas semanas antes, hubiera presenciado ese infame ahorcamiento.

Sí, aquí mismo fue donde ahorcaron a Pedro Prestán. En la estación del tren, sobre las mismas líneas férreas, habían levantado el cadalso. Una construcción simple, sin mayor solemnidad. Dos pilares de madera sostenían un travesaño; dos postes enhiestos, levantados a ambos lados de la vía, sobre los cuales montaron otro palo atravesado, y de éste, como es usual, hicieron colgar la soga.

En su celda, ese fatídico 18 de agosto de 1885, Pedro Prestán rememora los recientes acontecimientos que lo han traído a esta prisión, en la cual ahora espera el cumplimiento de la infame sentencia que lo ha condenado a morir en la horca, a las dos de la tarde. Hasta en eso han sido refinadamente crueles sus verdugos; lo han condenado a morir a la misma hora en que se inició el

incendio del que lo acusan, y por el cual lo van a privar de la vida.

Ya ha escrito su testamento, y ahora se dispone a despedirse por carta de su esposa, ya que ni siquiera le han permitido hacerlo personalmente de sus familiares, ni amigos. Recuerda el estoicismo de Sócrates, momentos antes de apurar la cicuta, y este pensamiento lo reconforta. Con el ánimo más sosegado extrae de su maletín una hoja en blanco y anota:

«Prisión de Colón, 18 de agosto de 1885.

Mary:

Dios ha querido al fin que la desgracia me confunda. Bendita sea su voluntad. Se me ha condenado a muerte ignominiosa e infame, siendo, como tú sabes, inocente, pero en absoluto. Dios los perdone. Nunca, por nada de este mundo, dejes de trabajar en el sentido de que la verdad se establezca. En eso, Dios mediante, estriba tu felicidad y tu nombre, y la felicidad y el nombre de nuestra hija infortunada.

Yo al fin, voy a descansar del mundo con mi conciencia serena y tranquila; ¡pobre de ti! que quedas en él sin amparo ninguno.

Dios te ampare y te bendiga; tú eres buena, eres desgraciada y Dios no te olvidará. Cuida y educa a nuestra hija, no solamente en lo intelectual, sino en lo moral.

Sigue siendo virtuosa para que Dios te bendiga. No desampares a mi pobre madre; cuídamela hasta que se abra para ella el sepulcro, que creo será muy pronto; a Trinidad ténla como hija, y procura cortarle el mal camino, que así pueda

ser menos desgraciada que tú; no abandones a mis desventurados hermanos. Si te lo permiten hazte cargo de mi cadáver y procura sacar mis restos, los que depositarás en la iglesia de Panamá o de Cartagena, con esta inscripción

“Pedro Prestán. Murió injustamente
el 18 de agosto de 1885”

Lo que es el corazón es tuyo; vé que me lo saquen y consévalo para que vaya junto contigo a la tumba, cuando Dios quiera llevarte a su seno. Creo que Dios me dará valor para perdonar a los que me sacrifican; perdónalos tú también. En fin, alma de mi alma, ¡adiós!, corazón de mi corazón, acuérdate de mí y sé buena para que podamos vernos allá en el Cielo.

Recibe, mi bendición de esposo y no olvides mi memoria. ¡Adiós!

Tuyo hasta la tumba,

Pedro Prestán».

Es de madrugada, y Pedro Prestán, insomne, continúa rememorando su azarosa vida, su encuentro con el General Gaitán Obeso, en el campamento liberal del Cerro La Popa en Cartagena.

Después de iniciado el pavoroso incendio, y cuando se percata de que la cantidad de hombres y armamento disponibles no son suficientes para resistir el ataque de las tropas reforzadas del Comandante Santiago Brun, logra milagrosamente escapar de una muerte segura y con sesenta de sus compañeros llegar hasta Portobelo. De allí, en dos balandras incautadas y un buque comprado con dinero del doctor Peralta, se trasladan hasta Cartagena.

A medida que ascienden el promontorio del cerro La Popa, en busca del campamento liberal del General Gaitán Obeso, Prestán observa en lontananza la quieta bahía de Barú, tersa como un paño de terciopelo lapislázuli.

Como le comunicara al General Aizpuru en reciente carta:

«... he resuelto trasladarme con unos sesenta hombres que me acompañan, al campamento del general Gaitán Obeso, para ayudarle en la noble tarea de libertar al país de una dictadura afrentosa, y poner coto a las bastardas pretensiones de los altaneros yankees »

Ahora bien, sabía que era difícil y comprometida su situación, y que el infundio que habían levantado en su contra, se había propagado con igual o mayor rapidez que el incendio de Colón, que ahora le achacaban, por lo cual, como había notado ya, incluso algunos de sus copartidarios y amigos empezaban a rehuirle.

- Es que la maledicencia se extiende con más celeridad que el fuego, pero destruye aún más, porque calcina las honras, General Obeso.

- De acuerdo doctor. Me imagino el infierno que le ha tocado vivir.

- No creo que pueda General. Usted no sabe lo que es caminar de noche, por los senderos y trochas más alejados, como un fugitivo o apestado, huyendo en mi propio suelo, por un lado de un ejército de ocupación, y por el otro de los que hasta ayer fueron mis compañeros, por temor de que me delaten o me entreguen a las tropas de

un gobierno dirigido por un traidor.

- Lo que pasa es que usted, además, se ha buscado enemigos muy poderosos, doctor Prestán. Una cosa es pelear entre nosotros, y otra muy distinta, meterse con el coloso. Usted le ha tocado los huevos al tigre, doctor. Y ahora el tigre anda suelto, rugiendo y buscándolo.

El General Gaitán Obeso camina hacia la alacena de su improvisado despacho. De una botella de ron anisado sirve dos tragos, y le extiende uno a Prestán.

- Recuerde que yo no bebo, General.

- Déjese de puritanismos a estas alturas, Prestán. Tome, le caerá bien.

Desde su llegada lo ha notado igual, atildado y correcto, aunque menos amable, por momentos un tanto irónico, y ahora hasta con un dejo de sarcasmo, cuando le dice:

-Usted siempre ha sido un hombre de verbo incendiario, Prestán, y además todo un caballero, quien nunca ha dejado incumplida una promesa.

- Yo no incendié la ciudad de Colón, si a eso se refieren sus ironías, General Obeso. Hubiera sido un demente o un desalmado para hacer algo semejante. Allí donde se inició el fuego estaban en ese momento mi mujer y mi pequeña hija, y yo tenía en ese sector dos casas de alquiler de mi propiedad, las cuales fueron voladas con dinamita. Es cierto que dije, pero nunca en tono de amenaza, que preferiría ver la ciudad reducida a cenizas, antes que verla ocupada por las tropas yankees, pero esto no fue ninguna promesa o sentencia,

como ahora mis enemigos tratan de hacer ver, sino la queja dolorida de un hombre que no se resignaba a la impotencia.

- Déjese de retóricas conmigo, Prestán. Usted cometió una temeridad y ahora está pagando las consecuencias.

- Hay momentos en la vida, General Obeso, en que uno realiza actos, no porque sea valiente o temerario, sino porque no tiene otra alternativa. Yo estaba contra la espada y la pared, si flaqueaba o me rendía, sería puesto bajo arresto de inmediato. No tenía otra opción que la de llegar hasta las últimas consecuencias.

- ¿Pero no le parece Prestán que llegó demasiado lejos? Detener a los agentes del buque mercante, pase, ¡pero al cónsul norteamericano! Ya eso se pasa de castaño oscuro. Eso fue una osadía que ellos jamás van a perdonar, y menos...

-...siendo yo un negro cualquiera, sin ninguna influencia -termina la frase Prestán.

-No, no quise decir eso... Bueno, sí; dejémonos de hipocresías, Prestán. Usted y yo sabemos muy bien que hay cosas que uno no debe hacer, a menos que quiera firmar su sentencia de muerte.

- ¿Y usted me va a entregar a los gringos, General?

El General Gaitán Obeso mira por la ventana y comprueba que el barco de guerra norteamericano sigue allí, quieto en la bahía, geométrico y poseído de una rigurosa persuasión. Se voltea hacia Prestán, quien expectante espera su respuesta y dice:

- Debería, para no buscarme problemas con los gringos, ni con Soto, ni con Hernández, de

quienes tengo notas en mi escritorio, en las cuales me piden que lo entregue a las autoridades colombianas para que lo juzguen, pero no quiero que mis hijos y nietos se avergüencen de mí. No quiero ser recordado como un traidor que entrega a un hermano y copartidario al suplicio, porque quiero decirle que usted es un condenado a muerte, Prestán. Y no quiero cargar con su crimen en mi conciencia ni en mi historia.

- Me alegra sobremanera saber que es usted un hombre con plena conciencia histórica, General. Algún día -no importa que sea dentro de 100 ó 500 años- alguien escudriñará estos hechos y entonces se sabrá toda la verdad sobre este funesto capítulo de nuestra historia, tan lleno de traidores y cobardes, pero también de hombres íntegros, valientes y patriotas, como usted, Aizpuru y Galofre.

- A propósito, qué ocurrió en realidad con Galofre, por acá circuló el rumor de que lo habían separado por malos manejos -pregunta el General antes de apurar de un solo trago el contenido de su vaso-.

- Nada de malos manejos, él renunció porque es un hombre con vergüenza, un verdadero patriota. Después que los gringos desembarcaron en Colón y ocuparon la ciudad, él envió un telegrama a Santos Domingo Vila solicitando instrucciones, y seguramente refuerzos para repeler la ocupación, pero en lugar de esto, recibió órdenes de permanecer impasible. Entonces, airado, envió su carta-renuncia.

Colón, 18 de enero de 1885.
Señor Presidente del
Estado Soberano de Panamá
Presente:

La infantería del buque de guerra americano anclado en este puerto ha desembarcado esta tarde y ejercido actos de soberanía en el territorio colombiano. En este momento no son las nueve estrellas del glorioso pabellón de Colombia las que arrojan su luz sobre nosotros. No son las instituciones que Bolívar conquistó con su espada y Santander selló con los resplandores de su genio las que nos rigen.

La bandera que envolvió a Lincoln al bajar al sepulcro la veo izada sobre nuestras cabezas. Es increíble que después de Boyacá se ize una bandera extraña en nuestro territorio sin necesidad de muchos combates y sin que nuestra sangre o la extraña dé el color púrpura a nuestros mares.

Estamos bajo el dominio de las fuerzas americanas y cierro los ojos para no ver los colores de la vergüenza que manchan nuestros rostros.

En presencia de estos actos que hieren de muerte nuestra soberanía y destruyen nuestra independencia, mi dignidad como colombiano y mi deber como patriota, me impiden en absoluto servir a un gobierno que se considera impotente para vengar tal afrenta y que no ha empleado ningún medio para rechazar tal invasión.

De Ud. Atento servidor

Santander A. Galofre

- Conque eso fue lo que sucedió. De usted también he oído muchas historias; tantas que con el tiempo va a terminar convirtiéndose en un personaje de leyenda.

- La leyenda del ahorcado, cuyo fantasma aparece cada cierto tiempo y vuelve a incendiar la ciudad de Colón.

- No sea pesimista, Prestán -dice el General Obeso, mientras se acerca y le sirve otro trago- confiemos en que le hagan un juicio justo y usted salga absuelto, como en las otras ocasiones.

- No trate ahora de consolarme, o infundirme ánimos, general; usted como yo sabemos que apenas me capturen soy hombre muerto. Si hace algunas semanas ahorcaron a Pautricelli y Davis, acusándolos de ser mis cómplices, qué puedo esperar yo, que no sea la horca. Mi sentencia ha sido dictada antes de llevarme a juicio. Los yankees tienen que dar un severo escarmiento, para que ningún otro negro hijo de lavandera, se atreva poner sus manos encima de alguno de ellos.

- ¿Y es cierto que usted interceptó y secuestró, con todos sus tripulantes, a la goleta de guerra Galena?

- Si mis hombres y yo hubiéramos sido capaces de semejante hazaña, hoy seríamos dueños absolutos de la plaza de Colón, y sólo declarándonos la guerra el poderoso ejército de los Estados Unidos, hubieran logrado hacernos capitular.

- Entonces, quizás, tampoco el incendio se hubiera producido.

- Ahora soy yo quien le pide se deje de retóricas, general. Usted sabe tan bien como yo, que lo del incendio es apenas una excusa, una justificación para darle visos de legalidad a mi ajusticiamiento, porque la razón por la que en realidad

me van a llevar al cadalso, es por haberme atrevido a poner mis negras manos en un representante de su incuestionable autoridad, un funcionario consular que ni siquiera hizo honor a la palabra empeñada.

Le juro que me arrepiento de no haberlo fusilado, como amenacé después que la goleta Galena interceptó al barco Colón, que transportaba las armas que yo había encargado y pagado, con dinero de mis ahorros y joyas de mi mujer.

- Está bien, aceptemos que la factura que quieren cobrarle es por el incidente con el cónsul Wright, y no por el incendio, ¿eso en qué cambia la situación?

- En nada, pero sé sin lugar a dudas que ello ha determinado mi sentencia de muerte. Los yankees cuidan mucho la forma, y pocas veces aparecen en la escena directamente. Como a marionetas nos mueven los hilos, mientras ellos se quedan muy tranquilos detrás de los bastidores. Por otra parte el traidor de Núñez no quiere malquistarse con el imperio, ni pagarles indemnización.

- Usted parece un personaje de tragedia griega, Prestán. Y en el fondo le admiro y le envidio. Si a los hombres nos fuera permitido escoger nuestra muerte, yo escogería una como la que usted va a tener -dice el general Obeso visiblemente conmovido, se acerca a Prestán y lo abraza, después agrega:

- Y ahora váyase, antes de que esos condenados gringos suban a buscarlo. Y que Dios se apide, no de usted, quien puede morir con la frente en alto y la conciencia tranquila, sino de su pobre familia, quienes tendrán que cargar el baldón de la deshonra que han tirado sobre usted.